

Cholos y ciudadanos en *El gran pretender*

José Salvador Ruiz

LEER LITERATURA BAJACALIFORNIANA de la década de los 80 y principios del 90 es encontrar, en gran parte de ella, la representación de una cultura con cierto grado de hibridación que contrasta con la visión centralista de lo que en ese entonces aún se consideraba la cultura mexicana. Algunas de estas obras registran concientemente una cultura fronteriza mexicana heterogénea con el fin de insertarla dentro la cultura nacional. Es dicha hibridez, tanto cultural como identitaria, la que me propongo analizar como expresión de una ciudadanía cultural en la novela *El gran Preténder* (1992) de Luis Humberto Crosthwaite. El concepto de ciudadanía que utilizo sobrepasa los elementos sociales, cívicos y políticos asociados con ésta y los expande al nivel cultural, es decir abrevio del concepto desarrollado por Renato Rosaldo de ciudadanía cultural. Este concepto argumenta que la ciudadanía democrática históricamente no ha tomado en cuenta la forma en que confluyen cultura y ciudadanía al sugerir o aspirar a la existencia de un ciudadano liberal acultural. No obstante los distintos acercamientos al concepto de ciudadanía cultural, en lo particular coincido con la antropóloga Aihwa Ong en su forma de concebir la ciudadanía cultural como: “las prácticas y creencias culturales derivadas de la negociación de las relaciones entre el estado y sus formas hegemónicas que establecen el criterio de pertenencia dentro de una determinada población y territorio nacionales” (264). Para Ong, la ciudadanía cultural es también un proceso de formación del sujeto que involucra tanto al individuo o una colectividad específicos como al estado-nación y grupos sociales e instituciones. La visión de Ong es influida por Foucault y su teoría sobre la goberneralidad, en tanto que asevera que los criterios de pertenencia no son exclusivamente creados por el estado sino también por la sociedad

civil a través de instituciones civiles y grupos sociales que funcionan como fuerzas disciplinarias. En este sentido, la misma Aihwa Ong parafraseando a Michel Foucault, asevera que en las democracias occidentales el control de los sujetos se manifiesta en rituales y normas que producen consenso. La goberneralidad es pues, entre otras cosas, un proyecto unificador y homogeneizador no solamente del Estado sino también asumido por otras fuerzas disciplinarias de la sociedad con el objetivo de dar uniformidad a lo que realmente es una heterogeneidad social y cultural. La goberneralidad como proyecto homogeneizador nos ayuda a entender la aparente contradicción que opera en México durante los años 80 y principios de los 90. Si bien México por un lado abre sus puertas a los Estados Unidos en los ochenta con su política neoliberal, por otro lado desea aferrarse a un concepto de identidad nacional tradicional y ve en el ámbito cultural la amenaza a ésta.¹ En este sentido, el interés del Centro del país por la frontera norte desde la década del 70, en particular su política cultural, podría considerarse como la imposición de una ciudadanía cultural, misma que se ve negociada por los autores fronterizos de distintas maneras. Algunos a través del rechazo y otros a través de la resistencia, pero también de la diseminación de una identidad cultural distinta a la del centro sin dejar de ser mexicana o mexicana a medias.

Los años 80 resultan particularmente importantes debido a la coyuntura entre la implementación de dicha política cultural centralista hacia los estados del norte y a que empieza a fraguarse la entrada de México al neoliberalismo. Durante esta década México ingresa al Acuerdo sobre Aranceles y Comercio mejor conocido por sus siglas en inglés como GATT (General Agreement on Tariffs and Trade) en 1986. La historia de intercambio de los estados

fronterizos con las ciudades norteamericanas por la llamada zona libre y en años recientes, el impacto de estos tratados neoliberales en la frontera norte se traducía en una sospecha inmediata sobre su “endeble” identidad mexicana. Su vecindad con Estados Unidos y su oferta cultural masiva se veía como una constante amenaza para la mexicanidad de los habitantes fronterizos. De ahí que a principios de los años 80 se creara en México la Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español.² Esta comisión tenía como objetivo central:

Cuidar el uso del idioma, coordinar las actividades para su defensa principalmente en zonas fronterizas y regiones de difícil adaptación cultural: tomar medidas para procurar un idioma común a todos los mexicanos y proponer la expedición de los ordenamientos jurídicos requeridos (citado en Valdés 1993, 43).

Se pensaba que las ciudades fronterizas eran entidades en peligro de aculturación frente a la cultura estadounidense. Ese temor se hacía más evidente en el idioma de ahí la creación de dicha Comisión. Incluso, hubo quien llegó a señalar que Tijuana se iba encaminando a un desplazamiento lingüístico o “language shift”, es decir que el inglés podría desplazar completamente al español. No obstante, un estudio auspiciado por dicha comisión y llevado a cabo por el Colegio de la Frontera Norte, llegó a concluir que “no existía diferencia significativa entre el uso de anglicismos en las fronteras mexicanas comparadas con cuatro ciudades del interior del país” (Valdés 1993, 44). Sin embargo, no solamente era el uso de anglicismos lo que acaparaba la crítica hacia la población fronteriza y hacia su literatura en particular sino también el uso de una perspectiva y un lenguaje populares. Roberto Castillo Udiarte, poeta y narrador lo resumía de la siguiente manera a finales de los ochenta al hablar de la producción literaria bajacaliforniana:

Obviamente estas obras y sus autores han sido criticadas con fundamentos como: escritura facilista, populacheros, corruptores del lenguaje y del “buen escribir”; argumentos de francos tonos moralistas que condenan la inclusión de términos en inglés, vocabulario popular, la jerga y las imprecaciones, apoyándose en teóricos clasistas del arte, en las fallidas campañas de nacionalización de la frontera, comités pro-defensa del idioma español, pero nunca se oponen a la intervención económica y política de las transnacionales y sus efectos colaterales como la masificación de una cultura consumista. (“Buenos días to you”, iv)

En efecto, la crítica hacia lo fronterizo se centraba en elementos culturales considerados típicos de esa región. Es decir, no solamente se trata del uso del inglés sino también de la influencia cultural de EE.UU. —entiéndase rock, punk, jazz, Hollywood, televisión —así como el uso del español

coloquial, en fin, se critica la cultura fronteriza como algo ajeno a la tradición y la pureza de la cultura nacional. Estas campañas federales de corte homogenizador así como las actitudes de los sectores sociales que se adscribían a éstas hacen eco del concepto de goberneralidad al cual aludí con anterioridad. Con esto en mente, propongo que la utilización de estos rasgos culturales fronterizos en la literatura bajacaliforniana frente a las campañas homogeneizadoras y la diseminación de una política cultural centralista registra el concepto de ciudadanía cultural en tanto que reflejan la negociación entre las fuerzas disciplinarias y los autores regionales.

Tabuenca Córdoba en su artículo “Aproximaciones críticas sobre las literaturas de las fronteras” registra la recepción de algunos escritores fronterizos ante la política cultural federal encarnada en el Programa Cultural de las Fronteras que pretendía el gobierno de Miguel de la Madrid a partir de la década del 80. Rosina Conde hacía referencia a la repentina preocupación del centro por la frontera norte como una manera de “cultivar y nacionalizar a los estados fronterizos, dándose a conocer lo que consideró la esencia de lo mexicano” (citado en Tabuenca 1997, 93) mientras que Francisco Luna lo veía como una preocupación del Centro “por reforzar el fardo romántico de la identidad nacional” (citado en Tabuenca 1997, 93). Estas declaraciones muestran cómo el Programa Cultural de las Fronteras como proyecto homogeneizador se vio confrontado por visiones culturales regionales. Si bien los estudios sobre ciudadanía cultural en Estados Unidos aplican dicho concepto a la relación e interrelación de las minorías étnicas con la mayoría angloparlante del país vecino y su gobierno, en México los estados fronterizos históricamente habían adquirido una especie de status de Otrredad cultural. En el papel, no había diferencia constitucional entre los estados el norte y el centro. Sin embargo, como apunta Tabuenca y Córdoba citando parcialmente a Irina Nelson:

La preocupación principal del Programa (se refiere al Programa Cultural de las Fronteras) era ‘nacionalizar’ a los habitantes de la frontera norte del país, a quienes todavía a mediados de los ochenta consideraban como una población ‘desculturalizada-híbrida’ en peligro de ser absorbida por la cultura anglosajona. (93)

Para Tabuenca y Córdoba, el aliciente del gobierno federal para implementar dicho programa era la coyuntura entre crisis nacional que se vivía a principios de los ochenta y la necesidad de convencer al país que el partido oficial era “inquebrantable” ante la misma. El Programa Cultural de las Fronteras “serviría para autorizar e incluir a la población fronteriza dentro de lo ‘nacional’” (93). De igual forma, Tabuenca Córdoba sugiere que otra posible razón por la

cual implementar este Programa podría ser para “demostrarle a la ciudadanía que ‘el país no estaba en venta’” (93) ante el cambio de política económica que se empezaba a fraguar. Adicionalmente, considero que la coyuntura entre la implementación del Programa Cultural de las Fronteras, el cambio a una política neoliberal y las exigencias de las clases medias de los estados fronterizos por instituciones educativas, entre otros factores, pueden considerarse como elementales para entender la gestación de una ciudadanía cultural. Las fuerzas disciplinarias intentan imponer una ciudadanía cultural, intentan construir un ciudadano culturalmente homogéneo, algo que se pueda entender como parte de la identidad mexicana tradicional y para, a su vez, resistir la influencia de la cultura estadounidense. Esto lo aprovechan los escritores fronterizos para negociar su pertenencia a este nuevo imaginario, o como lo diría Aihwa Ong, negocian su construcción como sujetos en un proceso dual de “self-making and being made” dentro de las redes poder del Estado y la sociedad civil. Tabuenca Córdoba lo describe, siguiendo a Homi Bhabha, como una oportunidad de los escritores fronterizos para negociar con la nación y autorizar su hibridez cultural (94). Entre los escritores bajacalifornianos que me parece registran este momento de negociación y de gestación de una ciudadanía cultural en distintas concepciones ha sido Luis Humberto Crosthwaite. Desde su manejo del habla popular fronteriza, los personajes marginales que representa, su propia

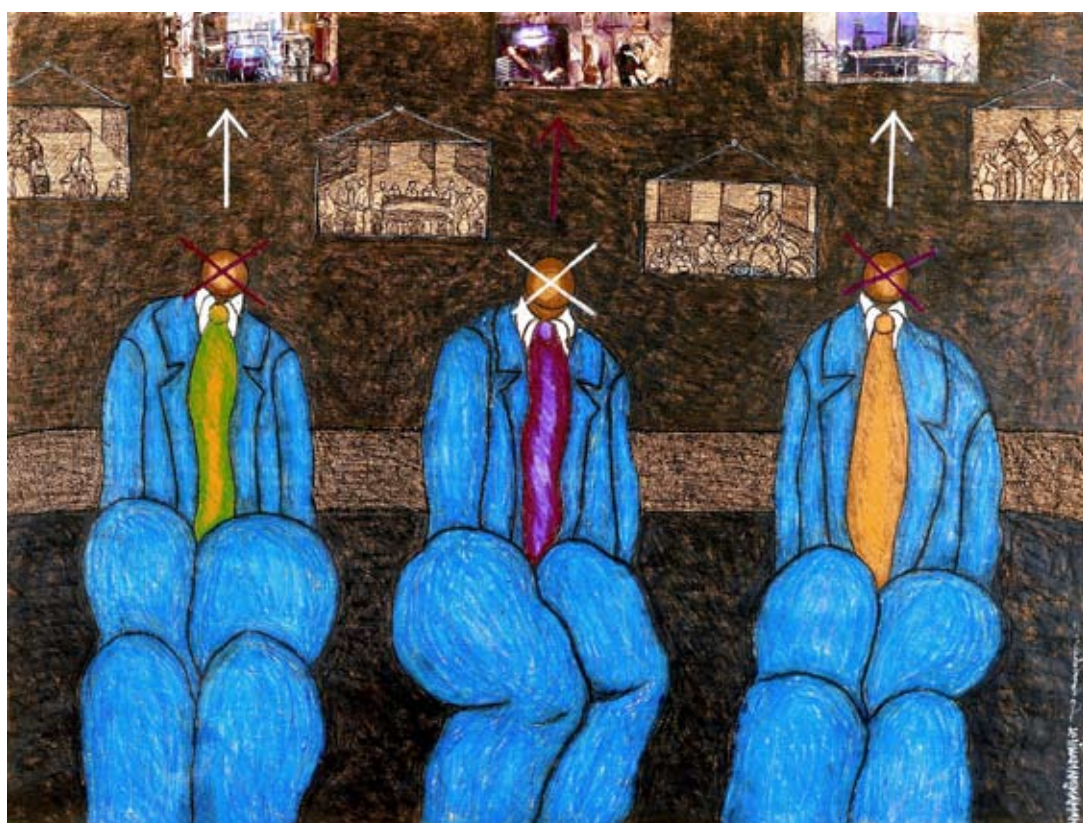
decisión de escribir desde la frontera y su papel como promotor de la cultura fronteriza con su editorial Yoremito se detecta la negociación entre las fuerzas disciplinarias y el grupo cultural al que representa. En lo que sigue, analizo cómo se manifiesta una ciudadanía cultural a través de la representación de una cultura e identidad conscientemente fronterizas en la novela *El gran Preténder* de Luis Humberto Crosthwaite.

CHOLOS NAVAJEROS

A principios de los 90, aparecen obras que registran la ciudadanía cultural a través de un fenómeno asociado con la frontera; el cholismo. Según José Manuel Valenzuela Arce, este fenómeno social, que tiene su origen en los barrios chicanos de Los Ángeles durante la década de los 60, comienza a tener presencia a mediados de la década del 70 en algunas ciudades fronterizas.³ En efecto, a pesar de que este fenómeno social se manifestó también en ciudades no fronterizas el cholismo surge dentro del territorio mexicano, en las ciudades fronterizas como Tijuana, Mexicali y Ciudad Juárez. Para Valenzuela Arce, varios son los factores que confluyen para el surgimiento del cholismo en México:

La crisis económica, la devaluación de la moneda en 1976, el deterioro en el nivel de vida de la población popular fronteriza, la migración como elemento catalizador del proceso de transculturación; el desempleo, el desplazamiento de fuerza de trabajo mexicana en Estados Unidos como consecuencia de la recesión económica; el contacto cotidiano que se establece en la frontera, son factores que propician que el cholismo...cobre forma y estilo en algunas ciudades fronterizas. (Valenzuela 1988, 56)

Efectivamente, la clase social y la migración son factores importantes en el surgimiento del cholismo tanto en Estados Unidos como en México. El movimiento de trabajadores mexicanos hacia Estados Unidos, su posterior desplazamiento y su retorno tanto temporal como permanente en muchos casos a México explican el surgimiento del cholismo en la frontera y su propagación hacia el sur del país. El cholismo, mismo que deriva del pachuquismo chicano, es visto con prejuicio desde su surgimiento tanto en Estados



Caballeros de la corrupción

Unidos como en México. Los jóvenes que adoptan esta identidad chola provienen de la clase obrera y se distinguen por su vestimenta, su lenguaje, su actitud ante la vida, entre otras cosas. La figura del cholo es estigmatizada y adquiere una serie de estereotipos que, según Valenzuela Arce, son diseminados por los medios de comunicación. Los medios como fuerza disciplinaria, se encargan de propagar la figura del cholo asociándola con la drogadicción, el ocio, la promiscuidad, la violencia y la delincuencia sin escharbar en las posibles causas de estos fenómenos socioculturales. Aunado a esto, el origen estadounidense de este fenómeno crea un estigma adicional. Es decir, si los habitantes fronterizos son considerados apochados o menos mexicanos desde el centro, dentro de la misma población fronteriza hay también fuerzas disciplinarias que desean conservar una imagen de identidad tradicional y excluir y hasta criminalizar aquellos grupos que son distintos. Bajo este contexto, la representación literaria de los cholos como una identidad sociocultural fronteriza mexicana tiene como objetivo registrar la heterogeneidad que caracteriza a las ciudades fronterizas, en clara oposición a una visión de la nación homogénea privilegiada por el Centro y por las fuerzas disciplinarias dentro de la misma frontera.

EL GRAN PRETÉNDER CULTURAL

En 1992 Luis Humberto Crosthwaite publica una breve novela titulada *El gran Preténder*, donde confluyen varias voces narrativas para contar la historia de un barrio cholo de Tijuana.⁴ Se narra la paulatina desaparición de los cholos a causa de la represión policíaca que se ve agudizada por la muerte de un *yúnior* que a su vez había violado y golpeado a una joven del barrio. El personaje central de esta novela es el Saico, un cholo con fama de mujeriego y valiente pero con una serie de conflictos interiores (ausencia de figura paterna, soledad, fracaso matrimonial) que no se exteriorizan porque siempre finge, simula ser un “bato firme”, dueño de sus actos. Dice ser el gran preténder y canta esta estrofa de la canción que lleva precisamente ese título:

Oh yes, I'm the great pretender
 Pretending that I'm doing well
 My need is such I pretend too much
 I'm lonely but no one can tell. (17)

Precisamente el título de la novela *El gran Preténder* es un juego de palabras entre ese fingir, ese simular que todo está bien por parte del Saico y la connotación del verbo en inglés “to pretend”; simular, fingir o el cognado pretender. El título *El gran Preténder* proviene del título de la

canción con el mismo nombre de los años cincuenta del grupo musical Los Platters. Desde el título, Crosthwaite comienza ese juego de palabras que muestra la identidad del fronterizo, esa convivencia cotidiana con el inglés y la cultura estadounidense sin que esto represente una desnacionalización o un apochamiento. La narración está impregnada de elementos transculturales que evidencian una identidad fronteriza, en este caso chola. Sin embargo, si bien el Saico es amante de Los Platters, de las “oldies but goodies” y piensa que no hay “nada en el mundo mejor que el Ford Galaxy” también es cierto que “sólo bebe cerveza Tecate, en caguama...” y que “sólo come atún cuando el bote señala con claridad que fue procesado en Ensenada o El Sauzal de Rodríguez, Baja California”. Es decir, su formación cultural tiene influencia estadounidense pero el Saico muestra una conciencia de pertenencia mexicana. Existe pues una conciencia de lo mexicano matizada por la experiencia del ser fronterizo. Adicionalmente, en *El gran Preténder* desfilan una serie de identidades heterogéneas que conforman una ciudad fronteriza como Tijuana con el fin de dejar en claro esa diversidad que existe. Cabe señalar que dicha diversidad no significa una convivencia sin conflictos. Por ejemplo, se narra que el Saico detesta a los chilangos “que se estacionan sobre las banquetas, los que se pasan los altos, los que presumen que son chilangos hablándole en inglés” (13), se habla de los emigrados, “batos que jalan legalmente en Estados Unidos y que vienen a presumir su feria, sus ranflas último modelo, compradas a crédito, y luego no se mochan con las cervezas” (13), se habla también de los *yúnior*s que viven en La Cacho (colonia acomodada de Tijuana) o los que viven en San Diego pero que pasan los fines de semana en Tijuana. De igual forma, se habla de los transfronterizos como el Rigo que “no era homeboy pero era raza, no era clicca pero era de por ahí. Trabajaba de carrocerero en el Otro Saite. Se levantaba cada mañana a las cinco, hacía cola para cruzar la línea, enseñaba su pasaporte, trabajaba todo el santo día y regresaba como a las ocho de la noche aún con fuerzas para meterse con otras viejas” (45).⁵ Se muestra pues la heterogeneidad de las identidades culturales y sociales que habitan en la frontera y que a pesar del grado de interacción que tengan con la cultura estadounidense siguen siendo mexicanos. Es decir, el cholo es una de las identidades que surge en la frontera y que por lo tanto, a pesar de su marginalidad, es ciudadano mexicano. Sin embargo, lo que Crosthwaite denuncia en esta novela es que para las autoridades esta identidad cultural no es válida, no tiene derechos, no es ciudadana. De ahí que la novela también se disponga a desmitificar el estereotipo negativo del cholo.

Croshtwaite va más allá del estereotipo y humaniza la figura del cholo para darle un pasado, para anclarlo en una ciudad y barrio específicos, darle una vida que no se le da en las notas rojas de los diarios. Edgar Cota-Torres, en su libro *La representación de la Leyenda Negra en la frontera Norte de México*, argumenta que en algunos de sus textos Croshtwaite “representa una realidad fronteriza tanto mítica como real con el propósito de disipar ‘la leyenda negra’ fronteriza en su narrativa y ofrecer el rostro del ser fronterizo” (Cota 2007, 142). Cota-Torres explora cómo algunos autores fronterizos subvierten la llamada Leyenda Negra a través de la representación de los personajes fronterizos en sus textos. De igual forma, en esta novela Croshtwaite humaniza la figura del cholo para lograr la desmitificación de éste sin que con esto se intente la idealización de esta identidad cultural. Para poder apreciar estos elementos desmitificadores resulta necesario comentar brevemente sobre el libro *¡A la brava ése!* de José Manuel Valenzuela Arce que fue publicado poco tiempo antes de *El gran Preténder*. En *¡A la brava ése!*, Valenzuela Arce registra los estereotipos asociados con los cholos a través de la incursión por la sección roja de distintos diarios y de un extenso estudio de campo. Los titulares y las notas de los diarios que recopila culpan de cualquier delito a los jóvenes cholos de la ciudad incluso cuando “se ignora lo que haya sucedido” (Valenzuela 1988, 67). El cholo, nos dice Valenzuela Arce, “como criminal colectivo, es fácilmente utilizable; es una figura vulnerable que brinda un parámetro de referencia a las buenas conciencias sobre la lejanía de su comportamiento y el de esos criminales” (66-67). No solamente los diarios propagan el estereotipo del cholo sino que también académicos, cineastas y escritores lo han hecho. Valenzuela Arce cita a Dalia Barrera Bassols quien publica en *Antropología e historia: Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia* que los cholos “viven de la prostitución y del robo, asaltando, a veces con lujo de violencia a turistas y nacionales” (67). Valenzuela Arce también recupera varias citas de Ricardo Garibay, entre las que destaca la siguiente: “el cholo es violento, montonero, delincuente, traicionero...corre si los ves venir, en sus manos no hay salvación” (67). El rastreo que hace Valenzuela Arce en este libro sobre el mito del cholo y su estereotipo muestra que al cholo se le ve como delincuente, vago y perezoso, promiscuo, analfabeto y drogadicto. Sin embargo, el estudio muestra que si bien hay rasgos en algunos cholos, éstos no son comportamientos generalizados. El cholismo tiene su grado de heterogeneidad, no es un grupo homogéneo a pesar de compartir ciertos rasgos, actitudes y comportamientos. *¡A la brava ése!* viene a proporcionar una visión más completa del cholismo, y de otras identidades

culturales como los punk y los chavos banda, a través un trabajo de campo exhaustivo.

El gran Preténder entra en diálogo con los estereotipos cholos que documenta Valenzuela Arce en su libro *¡A la brava ése!* Entre los estereotipos asociados con los cholos destacan la delincuencia, el desinterés por el trabajo, la promiscuidad y la drogadicción. Los distintos narradores de la novela desmitifican varios de los estereotipos diseminados por las fuerzas disciplinarias como los medios de comunicación y parte de la sociedad en general. Uno de los narradores de *El gran Preténder* comenta sobre los cholos:

No toda la raza es gandalla, me cae, hay cholos calmados que andan con su ropa, con su finta, pero no hacen daño. Sólo se echan unos pistos, cotorrean, caminan por la calle, no molestan. A esos también se los llevaron. A esos tampoco respetaron. Es la repre, me cae, la pinchi repre que no deja vivir. (41)

Además de exponer la represión de la autoridad sobre los cholos que resulta clave en la novela, esta cita expone también la heterogeneidad en la composición de los cholos. No se niega la existencia de cholos que puedan caer en la delincuencia, que puedan ser “gandallas”, sino que se hablan también de los cholos que, como cualquier otro ciudadano, disfrutan de unos tragos, caminan y pasean por las calles. Como respuesta al estereotipo cholo propagado por la nota roja, los personajes cholos de la novela en su mayoría tienen un empleo, trabajan de mecánicos en el taller El Pocho. No son haraganes que sólo están cuidando el barrio desde una esquina en espera de algún transeúnte a quien asaltar. Inclusive, el acto de delincuencia en que se ven involucrados fue como respuesta a la agresión y violación de Cristina, que si bien no era chola, era del barrio y como se advierte desde la primera página de la novela: “El barrio es el barrio, socio, y el Barrio se respeta. Y el que no lo respeta hasta aquí llegó. Si es cholo se quemó con la raza, si no es cholo lo madreamos macizo” (9). Precisamente, el agresor de la Cristina fue un foráneo, el Johnny. “El Johnny vive en San Diego, con sus papás, estudia en *Southwestern College*. Es yunior (sic). Los domingos se la pasa en Tijuana. Llega en un LTD de su papá” (65). El Johnny no solamente es un emigrado (a quienes el Saico odia) sino que también es un fresa, un *yúnior*. La diferencia de clase es evidente y esto aumenta el conflicto y propicia la represión sistemática del barrio cholo ya que el Johnny es hijo y sobrino de influyentes figuras políticas: “Así es el pedo: si se muere un cholo nadie la hace de tos. Si se muere otro bato, un riquillo, un influyente, entonces sí ¿verdad?, entonces chinguense a los cholos, los cholos son culpables, acaben con los cholos” (41). Por otra parte, la promiscuidad chola

diseminada por los medios no se encuentra en esta novela. Dalia Barrera comenta: “Existe una gran promiscuidad en el interior de los grupos, es común y no es mal visto entre ellos que una muchacha mantenga relaciones sexuales con cuatro o cinco muchachos del grupo” (68). De igual forma, Valenzuela Arce cita a Garibay: “Las muchachas se lanzan a ñasquear para el cuarto, la comida y la droga, cemento y thinner: ñasquear es prostituirse a hombres viejos, quince cholos en un cuarto, las hembras son de todos” (68). En *El gran Preténder*, si bien el Saico al prestar sus servicios a alguna doncella en peligro “ella-se-tiene-que reportar” (14) esto no se limita a las mujeres cholas del barrio, ni tampoco la mujer tiene que “reportarse” con todos los cholos amigos del Saico. De hecho, la actitud machista de mujeriego no es exclusiva de los personajes cholos dentro de la novela. El Rigo quien “andaba con casi todas las viejas del Barrio...no era homeboy” (45) como tampoco lo era el Johnny quien a pesar de tener a su novia Maricruz en la colonia Cacho cortejaba a la Cristina misma quien al rechazarlo la golpeó y violó. La promiscuidad masculina no es un aspecto exclusivo de los cholos sino de la cultura mexicana machista. El estereotipo de la promiscuidad chola es desmitificado al presentar a los personajes cholos con relaciones afectivas monógamas, sin que esto signifique la ausencia de infidelidades como ocurre en cualquier otro grupo social. De hecho, el Saico es un cholo casado cuyo matrimonio ha caído en la monotonía y ha pasado del “Levántate, corazón. Levántate porque el día comienza y las horas son cortas” (91) al “Ya párate, güevón. Ya es hora de ir a jalar” (91).

Para concluir, cabe mencionar que la representación de los cholos en *El gran Preténder* abreva de la experiencia de la vida cotidiana del autor. Al respecto, Miguel Rodríguez Lozano comenta que en Crosthwaite “la frontera es vista como un espacio vital en el que se goza...de ahí que el lado humano y cotidiano, inmerso en los diferentes discursos de Tijuana, se convierta en parte esencial de la narrativa de este autor” (Rodríguez Lozano 2000, 85). Efectivamente, para Crosthwaite los cholos no son personajes acartonados observados desde afuera del barrio sino que abreva de los recuerdos de infancia: “frente a mi casa, a las tres de la tarde, una multitud de cholos se dirigía a las tardeadas en el Nichte Ha” (citado en Rodríguez Lozano 2000, 83) y de esta manera se aleja del estereotipo para proporcionar una visión más completa de este grupo social y así desmitificar su figura. Dicha desmitificación permite el registro de una ciudadanía cultural que aboga por el respeto y el reconocimiento a la diferencia de las prácticas culturales de los cholos como miembros de la sociedad heterogénea fronteriza. •

Notas

¹ Cabe señalar, que ya en los 90 esta postura de resistencia ante lo estadounidense queda atrás con las campañas a la presidencia del 2000 y con la idea de “inglés y computadoras” para todos los niños.

² No sugiero que esa sospecha de falta de identidad tenga su origen en los años ochenta, sino que durante esta década el gobierno federal implementó esta política cultural a la par de su política económica a nivel nacional.

³ Véase *¡A la brava ése!*

⁴ Esta novela apareció originalmente por entregas y con el título “Crónica de cholos en 42 capítulos” en el suplemento cultural del desaparecido *Diario 29*. Así nos lo hace saber Miguel Rodríguez Lozano en “Desde la frontera: la narrativa de Luis Humberto Crosthwaite”.

⁵ Es evidente que el Saico muestra un rechazo hacia aquellos personajes que se identifican con lo estadounidense a pesar de su propio agrado por la música estadounidense. Por ejemplo, su rechazo hacia los chilangos que hablan inglés o hacia lo emigrados por trabajar en el otro lado y vivir parcialmente el *American way of life*. El factor clase también se manifiesta en conflicto con los *yúnions* que viven en la colonia Cacho o en San Diego.

Obras consultadas

- Castillo Udiarte, Roberto. “Buenos días to you”. *Esquina Baja*. 5 (1987): I-X.
- Cota-Torres, Edgar. *La representación de la leyenda negra en la frontera norte de México*. Phoenix: Orbis Press, 2007.
- Crosthwaite, Luis Humberto. *El gran Preténder*. México D.F.: Fondo Editorial Tierra Adentro-CONACULTA, 1992.
- Luna, Francisco, “Visiones fronterizas”. Aldaco, Guadalupe Beatriz. *La literatura fronteriza de acá y de allá*. Hermosillo-Distrito Federal: Instituto Sonorense de Cultura-CONACULTA, 1994.
- Miller, Toby. *Cultural Citizenship: Cosmopolitanism, Consumerism, and Television in a Neoliberal Age*. Arizona: Temple University Press, 2008.
- Ong, Aihwa. “Cultural Citizenship as Subject Making: Immigrants Negotiate Racial and Cultural Boundaries in the United States.” En Torres, et al. *Race, Identity, and Citizenship: A Reader*. Massachusetts: Blackwell Publishers, 1999.
- Rodríguez Lozano, Miguel. “Desde la frontera: la narrativa de Luis Humberto Crosthwaite” *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. 5.12 (enero 2000): 82-88.
- Rosaldo, Renato. “Cultural Citizenship, Inequality, and Multiculturalism.” En Torres, et al. *Race, Identity, and Citizenship: A Reader*. Massachusetts: Blackwell Publishers, 1999.
- Tabuenca Córdoba, Socorro. “Sketches of identities from the México-US border (or the other way around) *Comparative American Studies* 3.4 (2005): 495-513.
- . “Aproximaciones críticas sobre las literaturas de las fronteras”. *Frontera Norte* 9.18 (Julio-diciembre, 1997): 85-110.
- Valdés, Guadalupe. “Consideraciones teórico-metodológicas para el estudio del bilingüismo inglés-español en el lado mexicano de la frontera”. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*. 6.1, 1993 (43-66).
- Valenzuela Arce, José Manuel. *¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda*. Tijuana: Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 1988.
- JOSÉ SALVADOR RUIZ. Es Assistant Professor en el Departamento de Español en el Imperial Valley College en los EUA. Correo electrónico: jose.ruiz@imperial.edu.